

LA TRANSMUTACION DEL PAISAJE FRENTE A LA IDEA

Escribe: IVAN CLAUDIO

Qué es la poesía?

Un inconexo existir de hombre a paisaje? Mejor aún: el sistema nervioso del universo.

Por qué?

El espíritu recibe la influencia de los ríos. Es un paisaje llevado al lienzo por los pinceles minerales y vegetales. El silencio fue su estado primitivo, su barbarie. Se expresaba dibujando sus tinieblas como queriendo convertir en roca su mundo sensible. Iba y va hacia afuera como queriendo retornar a la tierra. El hombre agitaba así el proceso de la autodestrucción. Quería y aún quiere destruirse, cuando la voluntad de dominio no lo cautiva ni lo lleva por el camino menos triste. Cuando el deseo de poder llega a la voluntad, el cuerpo cobra fuerzas y nivela su actividad con el dominio ilimitado de la idea. Si lo segundo, adquiere un sistema nervioso sujeto íntegramente al paisaje. El primero fecundiza. El segundo es fecundizado. El primero existe inconexamente con el paisaje, esto es, no depende de él. El segundo tórnase en esclavo.

La poesía rompe la dependencia del hombre a la naturaleza. Es la rebelión del espíritu contra lo insensible. Es el acto que hace fuerte al espíritu: logra el equilibrio del cerebro y del paisaje. La poesía es la fuerza del espíritu y el cósmico equilibrio. Es el sistema nervioso: impulsa, combate realiza, construye, destruye.

No se encuentra en lucha con la naturaleza para destruirla. Solo quiere debilitarle para lograr el inmenso equilibrio y precisamente evitar su desaparición, su caos definitivo. La naturaleza corre el mismo peligro de aquellos animales prehistóricos, desaparecidos en una edad que no requería de su fuerza y que, por ello mismo, a falta de alimentos que les dieran las calorías necesarias, fueron extinguiéndose en la plenitud de su fuerza. Recordemos cómo el dinosaurio desapareció porque su fuerza y sus movimientos pesados le impedían salvar grandes distancias y así, a medida que la tierra fue cobrando un clima seguro, el dinosaurio fue pereciendo. La más cercana historia nos demuestra cómo los gobiernos

demasiado poderosos, son vencidos por la coalición de Estados débiles. La gran fuerza no construye: se destruye a sí misma. El espíritu debilita al cuerpo, cuando es necesario su equilibrio para subsistir. El cuerpo del hombre subsiste si logra adaptarse a las circunstancias climatéricas y sociales. El espíritu impone las suyas a la naturaleza y al medio, y el sistema nervioso equilibra estas circunstancias.

Impulsa la decoración de la naturaleza: vestirla es precisamente su misión, y el hombre —medido por su sistema nervioso— empieza la tarea de decorarse a sí mismo, para luego, a su imagen y semejanza, decorar la naturaleza. Los salvajes oceánicos, por ejemplo, llevaban collares de concha y dibujos de colores, ocre, rojo y blanco. Así decoraban luego a sus dioses. Para ellos era más importante un Dios hermoso que un Dios pensante. Regulaban su vida por secretos de magia estética y, por el espíritu, se olvidaban del espíritu mismo para fingirse dioses. Este es ya un equilibrio primitivo. El espíritu viste a la naturaleza con la naturaleza misma.

El adorno es una característica exclusiva del hombre. Pijoan dice que “ningún animal produce nada representativo que pueda convertirse en arte” y hasta ahora nadie ha podido comprobar que los animales posean espíritu. Ellos reciben el paisaje inmediato con una óptica que descubre los colores, paisaje para ellos siempre fiel e incambiable. El animal, por mayor fuerza que posea, siempre será esclavo de las circunstancias naturales.

En la supervivencia de la estética humana, los enigmas y las adivinanzas de la decoración evolucionaron mágicamente: del color ocre sobre la piel, se pasó al sustantivo. De la Danza del Dingo, o Perro Salvaje en Australia, se pasó universalmente al adjetivo. Del martirio anual al Oso-Totem de los pueblos tártaros, al verbo que todo lo regula y diviniza. La decoración del cuerpo cesó en sus efectos como único medio estético. Surgió la palabra y, en el equilibrio del cuerpo y el espíritu, el ritmo creó la poesía. Fue esta el sistema nervioso de la decoración y de la belleza.

No es oportuno —y sería largo y dispendioso— entrar al estudio de cómo los actos se tornaron en palabras. Las teorías platónicas, neoplatónicas y aristotélicas se contradicen, quedando sólo aquella hermosa frase de Aristóteles: “Un hombre sin palabras es una bestia o un Dios”.

El proceso evolutivo de la decoración del cuerpo a la decoración de la inteligencia, se opera a través de múltiples fenómenos: la imaginación, la sensibilidad, la necesidad de un supercuerpo para justificar la vida. Los modelos de arcilla decían menos que las palabras. La plasticidad primitiva en los objetos y rocas de las edades antiguas, fueron en ascenso hacia el cerebro y la óptica fue creando formas difusas en el pensamiento. Los ídolos inspiraron líneas abstractas, formándose un panorama difícilmente incrustable en los colores y en las piedras. Surgió entonces la frase y su lienzo fue la poesía.

La civilización viene acumulándose a través de la economía y de la palabra. Aparecen y desaparecen idiomas. El Frigio, el Sárмата y el Ilirio se olvidan completamente. El Griego, el Latín y el Sánscrito perduran. El hombre cambia las formas de belleza, entierra o hace perdurar su estilo. Así como transformó el color ocre en un sustantivo, también cambia y entierra el estilo y el idioma. El estilo es, por ello, el arte de la frase y la frase el sello más íntimo y personal de individuo: por el estilo nos diferenciamos de las cosas y de los demás hombres. Con el sello personal, el hombre supera la prisión del paisaje y se hace posterior a su tiempo. Sabemos que los idiomas desaparecieron, pero aún nadie ha podido señalar su tiempo ni su limitación geográfica.

— II —

La palabra trasalada los paisajes preferidos a otras geografías. El paisaje se transforma en palabras, en ritmos, y recorre el universo. El poeta es quizá el único que posee una Patria universal. Por él sálvanse algunos pasajes históricos. Cuando cuenta algo, ese algo perdura.

Del homínido casi nada sabemos. Su robusta mandíbula, según los últimos estudios, le impedía hablar. Su vida desapareció ante los cataclismos, ante el tiempo. Todos los lienzos y todas las piedras se transforman: el tiempo las convierte en los cuatro elementos de que hablaran los griegos. Solo el idioma —aún desaparecido— puede interpretarse. El hombre descubre su pleno significado millones de años luego de desaparecer. Queda escrito en la memoria de los sucesores. De imperfección en imperfección los ensueños de los descendientes —y el avance de la ciencia— nos descubren sus paisajes y sentimientos. Las cosas perduran a través de la palabra, cuando ella quiere hacerlas perdurar.

El paisaje se recibe transformado por la magia de la fantasía cerebral, de idioma a idioma, de cerebro a cerebro, convirtiéndose el color rojo de la tierra en múltiples sensaciones. El paisaje se recibe mágicamente, transformado en varias formas de sentir, renovándose hasta el final, evadiendo lo extático y confirmando lo individual y, por esta misma transformación, en una multiplicidad de formas ante la óptica sensorial del hombre. El paisaje se recibe con sus colores naturales y retorna transformado, evadiéndose de las formas concretas, fugándose del tiempo y del espacio como cosa transitoria y, haciéndose transeúnte en la forma, su forma se hace efímera y solo perdura como retornó poéticamente a la naturaleza.

Esta es la transmutación del paisaje en la poesía. El estilo es la sensación individual. Es la manera de sentir y de recrear el paisaje, creando el adorno, conformando el nuevo paisaje. El estilo es precisamente el desencadenamiento de las fuerzas íntimas y, en el deseo de independizarse, logra únicamente la no dependencia de las fuerzas naturales. El hombre, por el estilo, se libera en parte: equilibra sus fuerzas y, en el equilibrio, el espíritu y la naturaleza se hacen esclavos-libres.

Ni esclavos ni libres totalmente. Las sensaciones y la naturaleza se repelen y se buscan. El hombre, al crear su estilo, cree asesinar el paisaje, diferenciándose, haciéndose extraño, convirtiéndose en sí mismo. Pero al repeler a la naturaleza, hace de la naturaleza su esclava y se hace esclavo de la naturaleza. Coexisten inconexamente en la libertad y en la esclavitud. El estilo lo hace un poco libre, y el estilo lo libera de la dependencia absoluta a la naturaleza. El proceso de la dependencia o la no-dependencia, nos presenta un simil aceptable: el ateo niega a Dios, pero negándolo se esclaviza a la idea de su no-existencia. Al negarlo, lo equilibra con sus fuerzas y lo hace su dependiente intelectual. Al existir el equilibrio, se le hace necesaria su presencia para negarlo. Al negarlo, se esclaviza a la idea de Dios, y ella lo hace dependiente inmediato de su estudio. Se hace libre de Dios, pero crea un ser igualmente poderoso: la necesidad de liberarse del motivo. La angustia, como consecuencia —teniendo la consecuencia como un simple medio para el *eterno medio*—, lo lleva a la necesidad de crear un Dios a su imagen y semejanza. El ateo crea siempre un sér imaginario a su imagen íntima, a su semejanza intelectual. Así pues, el Dios que recibe de sus mayores lo entrega transformado a sus descendientes y, de generación en generación, imaginamos un Dios nuevo, distinto. El ateo, en su afán de negarlo, lo hace defectuoso y no hay defecto que no posea su virtud. Al crearle defecto, créale virtudes. Al emanciparse de él, lo hace su superior y su amo, pero al mismo tiempo lo esclaviza y lo hace su subalterno. Este es el equilibrio entre el cerebro y el paisaje, conseguido por el sistema nervioso del hombre. Y este es el equilibrio entre el ateo y Dios, conseguido por las luchas cerebrales.

— III —

Hemos visto como el sistema nervioso rompe la dependencia del hombre al paisaje, pero como no lo hace independiente del todo. El sistema nervioso crea el esclavo-libre: crea la nueva sociedad. Una sociedad que necesita de la esclavitud para existir en la libertad, haciendo portar, al hombre libre, las antiguas y nuevas cadenas de la esclavitud.

En “La Edad de la Razón”, Sartre dice: “Para qué otra cosa sirve la libertad, sino es para comprometerse?”. Este es el esclavo libre: el esclavo que se libera, el hombre libre que se esclaviza.

El hombre primitivo fue esclavo de todo. Surgida la palabra, el hombre fue menos esclavo. Creados los poderes espirituales, el hombre creó fuerzas íntimas y, con su fuerza natural, empezó a romper la dependencia. Una vez empezó la lucha, el sistema nervioso decoró la naturaleza y la hizo su igual. Primero decoró el cuerpo, y la palabra empezó a decorar la naturaleza.

La palabra se decoró a sí misma. El ritmo fue su sistema nervioso. El hombre abandonó los colores de la tierra y utilizó los verbos, los sustantivos y los adjetivos. La decoración del hombre fue la palabra y, con ella, creó su estilo, su individualidad: fue entonces la palabra el sistema nervioso, y con éste igualaba el poder del espíritu al de la naturaleza.

Los impulsos llevaron al hombre al cerebro; el deseo de libertad dominó sus fuerzas, y sus fuerzas íntimas lo hicieron igual al paisaje. Surgió entonces el esclavo-libre, el liberto sometido, el Hércules dominado por Ejércitos. El hombre se enfrenta a la naturaleza como Sansón a los filisteos, y el sistema nervioso lo impele a la liberación definitiva. Prefiere derribarse con el templo y sus enemigos: se hace solitario, y descubre paisajes lejanos para no someterse a los que lo rodean. O cae vencido definitivamente, o se hace gigante y extraño a su alrededor. La fantasía lo lleva por caminos desconocidos y así supera su paisaje inmediato.

Este último es descubridor. Descubridor simplemente. Equilibra su sistema nervioso con lo no descubierto, con lo no conocido. Descubre, rompe la maleza, abre caminos y construye ciudades en la selva. Descubre y construye, y continúa siendo un esclavo-libre.

El hombre creó su idioma y su estilo, pero con él se ha sometido a coexistir en la nueva sociedad. No ha sido capaz de liberarse del todo, porque se ha limitado a descubrir y a recrear en el miedo de ser vencido por la naturaleza. El hombre de hoy quiere conservar el equilibrio logrado por los creadores. No lucha, no guerrea por romper ese equilibrio y vencer definitivamente la naturaleza: desea, como Sade, descubrir placeres para luego hacerse su esclavo, esclavo y Rey a la vez.

Hasta ahora, la poesía es este existir de hombre a paisaje —y de paisaje a hombre— y, en el equilibrio, el sistema nervioso transforma en valores íntimos todas las formas del paisaje. Este es: el hombre de hoy recibe y transforma, o descubre y construye.

Crea? Indudablemente el espíritu del hombre —que es parte de su sistema nervioso— es creador. Creador —y está comprobado— porque creó el idioma y el pensamiento. Los creó de la nada, sobre ilusiones y ensueños, sobre sus mismos sonidos, sobre sus acentos que también pertenecían únicamente al espíritu. Creó el idioma, sus frases, sus verbos, sus anáforas, sus metáforas, sus normas. Todo esto lo creó el hombre.

Ahora es creador? Solo es un equilibrista entre el paisaje y el cerebro. Acaso ha impulsado su sistema nervioso para destruir sus sensaciones y vencer definitivamente la naturaleza?